

Louise Erdrich

El coro de los maestros carniceros

Traducción del inglés de
Susana de la Higuera Glynne-Jones

Nuevos Tiempos **Ediciones Siruela**

A mi padre,
que me cantaba

*Die Gedanken sind frei
Wer kann sie erraten
Sie fliehen vorbei
Wie nächtliche Schatten
Kein Mensch kann sie wissen
Kein Jäger erschiessen
Es bleibt dabei
Die Gedanken sind frei*

Los pensamientos son libres
¿Quién puede adivinarlos?
Pasan volando
Como sombras en la noche
Nadie puede conocerlos
Ni el cazador capturarlos
No se puede cambiar
Los pensamientos son libres

«Los pensamientos son libres»
(canción tradicional alemana)

La última ristra

Fidelis regresó de la Gran Guerra caminando durante doce días y, al llegar a casa, se desplomó en su cama de niño y durmió treinta y ocho horas seguidas. Al despertar en Alemania a finales de noviembre de 1918, se encontraba tan sólo a pocos centímetros de convertirse en ciudadano francés en el nuevo mapa rediseñado por Clemenceau y Wilson, un hecho que poco importaba comparado con lo que pudiera haber para comer. Apartó el edredón blanco que su madre oreaba y rellenaba cada primavera desde que tenía seis años. A pesar de todos sus esfuerzos y de frotar la funda una y otra vez para borrar las manchas de sangre causadas por una hemorragia nasal que había padecido a los trece años, un leve cerco permanecía con un desleído tono claro de té y con la forma de un nido irregular. Percibió un aroma a comida, tan sólo un mísero vapor, pero lo suficiente como para levantarle el ánimo. Tal vez patatas. Un trozo de queso blando. ¿Un huevo? Anhelaba un huevo. La cama era amplia y mullida, y, después de todos los extraños y lamentables camastros que había conocido a lo largo de los últimos tres años, resultaba de una comodidad tan perfecta que se estremeció cuando se tumbó en ella. Fidelis se quedó dormido con el sonido del llanto tranquilo, intenso y alegre de su madre. Le parecía oírla aún, pero era el resplandor del sol. La luz que entraba a raudales por las cortinas emitía un

ruido líquido, pensó, un sonido emotivo y femenino mientras recorría la pared de un color marfil.

Al cabo de un rato pensó que si oía la luz era porque él estaba limpio. Una extraña higiene que lo confundía. Dos noches atrás, justo antes de entrar en casa, había suplicado para que le dejaran asearse en una palangana que había fuera, en el diminuto patio cubierto por una parra. Su familia encendió un fuego para calentar el agua. Maria Theresa, su hermana, le quitó los piojos de la cabeza y su padre le trajo ropa limpia. Para poder soportar todas las atrocidades de la guerra, incluida su propia mugre, Fidelis había sellado sus sentidos. A medida que volvía a abrirse al mundo de nuevo, todo cuanto le rodeaba le resultaba angustiosamente vívido y cada objeto latía con vida, dotado de sentimiento, como en un sueño intenso y brutal.

El silencio retumbaba en su cabeza. Los sonidos cotidianos de la gente por la calle resultaban tan maravillosos como el parloteo de monos exóticos. Se estremeció de placer. El simple hecho de ponerse la camisa limpia y libre de alimañas era una tarea tan llena de significado que abrocharse los gemelos de oro en forma de cabeza de jabalí de su abuelo estuvo a punto de hacerle llorar. Respiró despacio, se recompuso y acalló sus lágrimas con la fuerza de su calma. Incluso de niño, cuando le sobrevenía una oleada de tristeza, conseguía respirar despacio y quedarse inmóvil. El día que se convirtió en un joven soldado, enseguida supo que su capacidad de quedarse inmóvil era la clave para su supervivencia. Le había conducido hasta el final de la guerra como un pobre recluta verde, del que pronto se descubrió que, apostado en un punto aislado, era capaz de alcanzar el ojo de un hombre a cien metros de distancia y acertar tres de cada cinco disparos. Ahora que había vuelto a casa, comprendió que debía seguir alerta. Los recuerdos le atacarían por sorpresa, las emociones sabotearían su mente consciente. Volver a la vida después de estar muerto era peligroso. Se podían sentir demasiadas cosas, por lo cual pensó que lo mejor sería bus-

car únicamente sensaciones superficiales. Ahora intentaba adaptarse. Debía despertar poco a poco, incluso en su habitación de niño que conocía tan bien.

Se sentó en el borde de la cama. En una gruesa repisa colgada en la pared, sus libros aparecían bien alineados o amontonados tal y como los había dejado, señalados con pequeñas tiras de papel. Durante un tiempo, aunque tenía asegurado el sustento, le había gustado imaginarse poeta. Por ello, sus estanterías rebosaban de los libros de sus héroes: Goethe, Heine, Rilke e incluso Trakl, escondidos detrás de los demás volúmenes. Ahora los observaba con una curiosidad indiferente. ¿Cómo pudo interesarle lo que habían dicho aquellos hombres? ¿Qué importaban sus palabras? La historia de su infancia también sobrevolaba aquella habitación; sus soldaditos de juguete permanecían ordenados en el alféizar. Y el orgullo de su juventud: sus diplomas y títulos del gremio enmarcados en la pared. Estas cosas sí que eran importantes. Esos papeles representaban su futuro. Su supervivencia. En el armario, sus camisas blancas, lavadas, almidonadas y planchadas, colgaban dispuestas a abrazarle. Sus lustrados zapatos aguardaban debajo en una balda a que el viejo Fidelis los calzara. Con sumo cuidado, Fidelis intentó deslizar un pie dentro del agujero abierto de los rígidos zapatos, pero sin éxito. Sus pies estaban hinchados, irritados por los sabañones, lacerados y doloridos. Sólo le servían sus botas con tachuelas, pero estaban verdes por dentro y apestaban a putrefacción.

Se volvió despacio para contemplar la mañana. La ventana de su habitación era un rectángulo alargado y dorado. Se levantó y abrió la ventana girando el adorno con forma de cuerno de carnero del pomo. Miró afuera, más allá del parsimonioso y parduzco río Ludwigsruhe, por encima de los tejados y los jardines muertos de finales de otoño en la otra orilla, más allá de un mosaico de campos grises y delicados, y de un abigarrado conjunto de tejados y chimeneas. En algún lugar de ese laberinto que vertebraba el pueblo

vecino vivía la mujer a la que no había visto nunca pero que había prometido ir a visitar. Se sorprendió pensando en ella con una compleja intensidad. Sus pensamientos formaban preguntas. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Tendría un jardín? ¿Estaría recogiendo las últimas y polvorientas patatas de una pequeña y elevada franja de tierra cubierta de paja? ¿Estaría tendiendo la colada limpia y blanca en una cuerda helada? ¿Estaría conversando con su hermana o con su madre mientras tomaba el té? ¿Estaría canturreando? Y su propia presencia, lo que había prometido contarle. ¿Cómo podía llevarlo a cabo?, pero también, ¿cómo podía no hacerlo?

Eva Kalb, 17 Eulenstrasse. Fidelis esperó delante del camino de ladrillos ocres, con el ceño fruncido ante la delicada pérgola de hierro forjado que señalaba la entrada. La forja estaba trenzada con una fuerte enredadera de rosas trepadoras, sin hojas y casi negras, con enormes espinas de puntas blancas. No habían limpiado el camino y varios papeles cubrían la entrada principal. El resto del edificio mostraba un cuidado impoluto, incluso fanático, a pesar del caos de la derrota. A Fidelis el estado de abandono de la casa de Eva Kalb le resultó inquietante; quizá preludiara el fallecimiento de algún familiar. Sus ojos se humedecieron y se apretó el puente de la nariz con los dedos: que sus emociones afloraran, incluso en público, le horrorizaba. Advirtió un movimiento detrás del visillo de la ventana delantera de la casa. Fidelis comprendió que le habían visto y respiró hondo, se encogió en un cascarón más duro y dio un paso adelante por el camino enladrillado.

La mujer abrió la puerta nada más llamar, por lo que Fidelis supo que había sido ella la persona entrevista tras la ventana, espiándole. Supo que se trataba de Eva por la fotografía del medallón de su mejor amigo, que él conservaba. Incluso ahora, en el diminuto bolsillo de la pechera de su chaqueta, el recuerdo de sencilla plata dorada producía

un caliente bulto ovalado. En el interior del marco en miniatura aparecía el retrato coloreado a mano de una mujer con aspecto voluntarioso y a la vez frágil; su boca dibujaba una línea sensible, hundida en la comisura de los labios por la sensualidad y la perspicacia. De un profundo tono verde, sus ojos húngaros, rasgados e indescifrables, sobrecogieron ahora a Fidelis con su mirada franca e inquisitiva. El inmovilismo tan ensayado, que le había ayudado a sobrevivir en los últimos años, se resquebrajó en cuanto ella le miró a los ojos.

–*Schnell, die Wahrheit* –espetó con una hostilidad preventiva que le llevó a obedecerla en el acto y a comunicarle lo que había ido a decirle: su enamorado, su prometido, su futuro esposo, Johannes, con quien Fidelis había soportado lo indecible, había fallecido.

Inmediatamente después, Fidelis no estuvo seguro de si había pensado o pronunciado realmente aquellas palabras; sin embargo, tenía la impresión de que algunos sonidos habían salido de su boca. Aunque él no los oyera, Eva comprendió. Asimiló el significado de esos sonidos con una profunda y vacilante respiración. Un aire atroz pareció marearla, su inteligente rostro se descompuso y su mirada se evaporó de golpe, de tal manera que Fidelis la vio, durante un instante, en el estado de un ser desnudo sufriendo un amago de dolor. A continuación, Eva Kalb se derrumbó hacia él, con las manos entrelazadas, el semblante sereno, en un gesto parecido al de una oración. Mientras la atrapaba y la abrazaba suavemente, se dio cuenta con una sorpresa visceral de que estaba embarazada. Posteriormente, en su fuero interno, Fidelis llegaría a pensar que el bebé había golpeado en realidad el vientre de su madre en ese instante para poder tocar la palma de su mano amiga.

Fidelis cogió en brazos a la novia de su mejor amigo y permaneció en el marco de la puerta de la casa, sujetando a la mujer sin el menor esfuerzo, como habría sujetado a un niño dormido. Habría podido permanecer así durante horas. La fuerza que le requería sostenerla era una fracción

mínima de la que poseía, pues se trataba de uno de esos seres que habían nacido con una fuerza descomunal. Siempre la había tenido, desde el principio, y cada año aumentaba.

Se dice que algunas personas absorben la esencia celular de un gemelo mientras están en el útero; quizá Fidelis era uno de ellos. Tal vez descendía de esa vieja cepa germana que recorría los bosques y colgaba a su dios del árbol de la vida. También existe en otras regiones de Alemania la creencia de que quien mata se impregna, en el instante mismo de la muerte, de la esencia de su víctima. Si así fuera, aquello explicaría tanto la liviandad como la gravedad de Fidelis. Había vislumbrado el fognazo de la sonrisa de un hombre a través de la mira telescópica en el instante previo a que su bala de francotirador destrozara ese rostro lejano. Había visto la sangre manando a borbotones a través de los dedos de un hombre que se sujetaba la garganta que él había rasgado pulcramente. Había repartido la muerte con tanta precisión desde su torreta reforzada con sacos terreros que tanto los franceses como los británicos intentaron cronometrar sus guardias. Le odiaban y a punto estuvieron de capturarlo, ya que habían planificado la muerte lenta que le tenían reservada. Entre ellos y él, la guerra se había tornado algo muy personal. Él lo aceptó. Y no se apartó de su cometido. Sencillamente, con la perseverante facilidad de un depredador, continuó arrancando a hombres y más hombres de ese foso poco profundo excavado en la tierra.

Cavaron más hondo para salvarse de su puntería letal; sin embargo, consiguió cazarlos de todas maneras en un momento de imprudente descuido, de puro agotamiento o de fatídica confianza. Quizá fuera cierto que esas almas volaban con suma precisión por encima del fango empapado hasta alojarse en él, pues el mutismo de Fidelis se había intensificado hasta convertirse en una violencia serena que no se dejaba perturbar por los rugidos nocturnos de la artillería. Sus compañeros de armas empezaron a temerle y después a odiarle a medida que su sufrimiento aumentaba. Atraía el

fuego enemigo, por lo que le evitaban. Dormía, dormía sin cesar. Los obuses caían a su lado, los hombres gritaban en sus oídos. Fidelis apenas fruncía el ceño, suspiraba con una irritación infantil y seguía durmiendo. Tenía sueños sombríos que no recordaba al despertar. Engrasaba y limpiaba meticulosamente los mecanismos de su fusil. Comía el *Brot* y la *Wurst*, los pequeños paquetes de orejones y manzanas secas que había traído de casa, y mojaba cada mañana el dedo que utilizaría para apretar el gatillo en un pequeño tarro de miel que le había dado su madre. Se lamía el dedo y saboreaba el néctar de abeja, de un oscuro y amargo sabor silvestre. Un sabor de su infancia, obtenido directamente de los ocultos capullos de los bosques más densos de abetos plateados. Nunca se lamía la miel del todo, así, cuando sujetaba el fusil, no le resbalaba el dedo.

De pie en el umbral de la puerta, Fidelis esperó a que la madre de Eva viniese a ver qué pasaba. Cuando llevó a Eva dentro de la casa y la depositó sobre un descolorido sofá rosa, tomó la decisión que ya conocía, lo que había prometido a su amigo Johannes, que había fallecido de camino a casa de vuelta de la guerra en el trémulo resplandor de fracturadas notas musicales. Fidelis desposaría a Eva. Posteriormente, cuando la joven aceptó su proposición de matrimonio y le besó, Fidelis percibió en su lengua y en la piel de su cuello varias capas de significado. Había probado el sabor de Johannes, cuya frente había besado al morir como quien da un beso de buenas noches a un hermano pequeño. Aquel beso sabía a la sal del duelo. Eva tenía un sabor diferente, y conocido. Era la pizca de amargor en la dulzura que contiene la miel del bosque, y su aroma, mientras apartaba su rostro del de ella, poseía la fuerte y evanescente persistencia de las flores secretas de los pinos más negros.

La boda resultó una celebración apresurada y sencilla; ella estaba enorme con el niño que había concebido durante la última, loca y desesperada fase de la guerra. Pero el sacerdote, que los conocía a todos, les dio la bendición, y

pasaron su primera noche juntos en el minúsculo dormitorio de Fidelis, donde había dejado a sus soldaditos de plomo patrullando las estanterías. Esa noche, la mujer se recostó desnuda bajo la trémula luz de una vela mientras su cuerpo cubría las manchas infantiles de su edredón. Su cabello dorado, con los mismos reflejos rojizos que tenía él, se esparcía por la almohada. Sus pechos estaban surcados por finas venas de fuego azul y sus pezones aparecían agrietados y oscuros. Fidelis se arrodilló ante ella, entre sus piernas, puso sus manos en ella y percibió el cálido movimiento del niño. Las violentas emociones que le habían acompañado desde que había vuelto se desvanecieron poco a poco, al fin, hasta convertirse en una sensación de bochorno por haber sobrevivido. Ahora no tenía una idea clara de lo que iba a hacer con su vida; sin embargo, al penetrar el cuerpo de Eva, mientras le sujetaba con fuerza las caderas y le juntaba las piernas en su espalda, abandonó la peligrosa quietud donde vivía para abrazar la inaceptable convicción de que, a pesar del peso muerto de las almas aniquiladas y de lo que había aprendido en los últimos tres años sobre el monstruoso terreno de la existencia y su propia eficacia homicida, estaba destinado a amar.

Fidelis pronto descubrió que también estaba destinado a viajar. Tomó la decisión de ir a América al ver una rebanada de pan de ese lugar. Tuvo esa visión en la plaza pública de Ludwigsruhe. Al cruzarla un día, al poco tiempo de casarse con Eva, advirtió a un grupo de personas congregadas en torno a un vecino, un conocido de sus padres. El hombre sujetaba algo blanco y cuadrado en la mano, que Fidelis interpretó en un primer momento como una fotografía; sin embargo, estaba en blanco. Cuando se dio cuenta de que era pan, con una forma tan exacta que sólo podía ser fruto del trabajo de unos fanáticos, Fidelis se incorporó al círculo de curiosos para examinarlo. El objeto había sido enviado